

## SUMARIO.

*Isabel Prieto de Landázuri*, por la Sra. Laureana Wright de Kleinhans.—*Higiene* (continuación), por Madreselva.—*Los diamantes*, por la Sra. Ignacia Padilla de Piña.—*Educación doméstica*, por la Sra. Mateana Murguía de Aveleyra.—*Reglas higiénicas*, (traducción del francés).—*Instrucción femenil* (remitido), por Elisa.—*Crónica de la semana*, por Titania.—*Poesías*.—*Tormenta y calma*, por la Srita. Dolores Correa y Zapata.—*Cuento*, por Hironnelle.—*Matinal*, por la Sra. María del Refugio Argumedo, viuda de Ortiz.—*La Srita. María Yáñez*.—*Impresiones de la prensa*.

## Biblioteca Nacional.

## ISABEL PRIETO DE LANDÁZURI

AUNQUE las leyes han establecido universalmente que los individuos tomen la nacionalidad del país en que nacen, la interesante figura cuyo elogio no hacemos mas que repetir hoy, pues él ha resonado por todos los ámbitos de nuestra patria, adoptó la nacionalidad mexicana, y como tal aparece en los anales de nuestra literatura, que engalanó con sus bellísimas obras. Para trasmitir debidamente á nuestros lectores los rasgos de la vida de esta brillante poetisa, copiamos en seguida un artículo biográfico publicado en 1874 en "El Ateneo," por el Sr. D. José María Vigil.

"Uno de los nombres más esclarecidos que houran á la literatura mexicana de nuestros días, es el de Isabel Prieto de Landázuri, cuyas producciones son leídas con aplauso por todos los que conocen la rica lengua castellana. Nacida en Alcázar de S. Juan, provincia de la Mancha, en España, fué traída por sus padres á México en edad muy temprana, radicándose en Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, en donde creció y se educó, profesándole por esta razón el cariño de su verdadera patria.

Desde sus más tiernos años manifestó una inclinación decidida al estudio, hasta el extremo de que el castigo más severo que podía imponérsele era privarla de la lectura á que ya entonces consagraba la mayor parte de su tiempo; presentando de esta manera un notable rasgo de semejanza con lo que los biógrafos de Sor Juana Inés refieren de aquella mujer extraordinaria.

El desarrollo precoz de su talento poético, unido á su espíritu profundamente reconcentrado y estudioso, hizo que pasara los primeros años de su vida en un retiro casi claustral, en que rodeada de todas las comodidades que puede proporcionar una buena posición social, y los cuidados cariñosos de un padre que á un bellissimo corazón, agregaba una ilustración poco común, ideas muy avanzadas y un trato extremadamente caballeroso, tuvo libre campo, no sólo para enriquecer su inteligencia y formarse un fondo de las más sólidas virtudes, sino para mantener-

se lejos de las frías realidades de la vida, alimentando su imaginación con los puros y fantásticos sueños de un alma profundamente tierna y delicada.

Desde las primeras composiciones que escribió fácil fué reconocer la superioridad de su genio: notable corrección de lenguaje, versificación rica y armoniosa, abundancia de imágenes, verdad de pensamiento, claridad y elegancia de estilo, y sobre todo, poderosa inspiración, eran dotes que revelaban desde luego, no sólo ese conjunto de circunstancias que constituyen al verdadero poeta, sino el buen gusto propio de un espíritu cultivado, que no se deja arrastrar por los vuelos de una fantasía caprichosa, ni descuida un sólo detalle en todo lo que se refiere á la belleza de la forma. Debemos advertir que en esa época y en medio de su apasionada dedicación al estudio, Isabel no tuvo una dirección literaria propiamente dicha; así es que sus composiciones eran el producto espontáneo de su genio, que podemos decir, no tenía la conciencia de sus propias fuerzas.

En 1850, D. Pablo Villaseñor hizo en Guadalajara una pequeña publicación intitulada *La Aurora Poética de Jalisco*, que fué una colección de ensayos poéticos de todos los jóvenes que entonces se dedicaban á la bella literatura en aquel Estado. En dicha colección fué donde por primera vez, y bajo un riguroso anónimo, se dieron á luz algunas producciones de nuestra poetisa, tales como *La ilusión perdida*, *A un Lucero*, *A un convento*, etc., producciones que obtuvieron desde luego los más justos elogios, en la prensa periódica de la capital de la República.

Aquella publicación, no obstante, fué hecha sin conocimiento de su tierna autora, que lejos de buscar el ruido y de dejarse deslumbrar con el esplendor de la gloria, se avergonzaba y se estremecía á la sola idea de que una mirada profana fuese á penetrar en el casto misterio de su retrete, leyendo aquellos versos que eran como los perfumes de una flor abierta en el silencio y en la sombra, destinados á no traspasar los límites de la atmósfera en que se habían producido. Así fué que tanto aquellas composiciones como algunas otras, que de tarde en tarde se publicaron después, eran sustraídas por personas de su familia, no teniendo Isabel noticia de ello sino cuando le llegaban impresas, acompañadas de los elogios que la prensa periódica le tributaba á competencia.

Su vida se deslizaba entretanto en el tranquilo aislamiento del hogar doméstico, en la estrecha familiaridad de sus autores favoritos. El conocimiento profundo que adquirió del francés, del inglés y del italiano, hizo que leyera en sus originales á los grandes poetas de las respectivas literaturas, meditando concienzudamente sus más escogidos modelos. No contenta, por otra parte, con la literatura española de nuestros días, buscó los poetas de su edad de oro, y las obras de Garcilaso, Herrera, Rioja, los Argensolas, Fray Luis de León, Jovellanos, Meléndez, Valdés, Moratín, así como los dramáticos Lope de Vega, Tirso de Molina, Alarcón, Moreto, Rioja, Calderón de la Barca, etc., etc., vinieron á ser las saludables y abundosas fuentes en que su imaginación iba á beber los secretos del estilo y de los giros verdaderamente poéticos.

En 1860 había escrito ya Isabel un gran número de buenas poesías líricas, llegando su nombre á hacerse popular, no sólo en Jalisco, sino en toda la República mexicana. Sus aspiraciones, sin embargo, no estaban satisfechas y